

© Revista *Temas*, 09-04-2010

Cuba: ¿por dónde va la economía?

Omar Everleny

Investigador y profesor. CEEC, Universidad de La Habana.

everleny@uh.cu

El diagnóstico sobre la economía cubana en 2009 resulta bastante reservado. A pesar de que había mantenido un crecimiento constante entre el 2001 y el 2008, factores externos como la crisis financiera mundial, los huracanes que afectaron a la isla en el 2008 (y le infligieron pérdidas que sobrepasaron los 10 000 millones de pesos), el aumento en los precios de los alimentos, la baja de ingresos provenientes del turismo y las remesas, el aumento del precio del petróleo y los alimentos, y la caída del precio del níquel agravaron las otras tendencias negativas internas, lo que ha resultado en serios problemas macroeconómicos. Esta sucesión de *shocks* externos ha provocado una disminución drástica de los términos de intercambio (-38% en 2008).

La economía había mantenido un elevado ritmo de crecimiento en los años anteriores, que alcanzó en 2000-2008 un promedio anual del 6.10 % del Producto Interno Bruto (PIB) a precios constantes de 1997. En este registro positivo influyó el aumento muy favorable de las exportaciones de servicios profesionales, especialmente de médicos, la recuperación de la construcción, el transporte, la producción energética, así como la nueva metodología de cálculo del PIB.

Dos problemas principales en este momento son la desaceleración del crecimiento del Producto Interno Bruto (PIB) a solo 1.4 % en el 2009 y un agudo déficit en la balanza de pagos, lo que se expresa en un déficit financiero de elevadas proporciones. Entre los factores que han contribuido a este agravamiento se encuentra el desproporcionado peso en la estructura del PIB (76%) del sector de servicios, por lo que se ha generado cierta dependencia de programas como las Misiones de cooperación, en Venezuela y en otros países. Dado que estos programas están atados a contingencias impredecibles, éste rubro puede sufrir disminuciones futuras, por lo que sería prudente desarrollar otros mecanismos para contrarrestar sus posibles efectos decrecientes.

Las máximas autoridades cubanas han repetido en los últimos dos años que los problemas estructurales necesariamente deben resolverse en el menor plazo posible, ya que lastran cualquier perspectiva de desarrollo. Esos problemas estructurales que han incidido en la pérdida de dinamismo de las exportaciones, las inversiones y, en definitiva, el Producto Interno Bruto son:

- Expansión de los servicios, mientras que la agricultura y la industria se mantienen rezagadas.
- Poca diversidad del comercio exterior; el equilibrio de la balanza de pagos recae en la exportación de servicios profesionales, cuyo efecto en la economía es bajo.
- Baja productividad en gran parte del sector empresarial estatal (no se han llevado a cabo reformas estructurales suficientes para cambiar tal situación).

- Elevada distorsión en la relación consumo-acumulación.

Esta problemática se agrava por factores sociales, tales como la llamada *transición demográfica*, caracterizada por una tasa de fecundidad por debajo del nivel de reemplazo, aumento de la proporción de la población de más de 60 años y disminución de la más joven.

Estos problemas están interrelacionados, y se despliegan en una economía con un mercado interno pequeño, extremadamente abierta y dependiente de las importaciones, que tiene que lidiar con un costoso bloqueo económico, intensificado en el último lustro en la esfera financiera.

La industria y la agricultura no se han podido acoplar a la trayectoria expansiva de los servicios profesionales. Esa exportación carece de encadenamientos y efecto multiplicador en la economía interna, que sí que poseen, por ejemplo, la agroindustria azucarera y el turismo, motores del crecimiento en décadas anteriores. La venta al exterior de azúcar y los servicios turísticos se han estancado en el último lustro, lo que atenta contra la diversificación y la sostenibilidad de las tasas de crecimiento de las exportaciones. Este modelo asentado en la exportación de servicios profesionales muestra debilidades estructurales y signos de agotamiento, que se han empezado a manifestar en mayores limitaciones en la disponibilidad de divisas, más escasez relativa de recursos para proyectos de inversión y en una tendencia a la desaceleración del PIB.

Derivado de factores como los huracanes, y la baja de algunas producciones, el déficit fiscal, que había logrado mantenerse en los últimos años en márgenes cercanos al 4%, se elevó al 6,7% en 2008, y a 4,3% en 2009, este último año gracias al reajuste a la baja en el plan de gastos, especialmente en un recorte promedio del 6% del presupuestado.

Por otra parte, la liquidez en manos de la población continuó creciendo y se mantuvo sobre los 25 000 millones de pesos, es decir un 40% con respecto al PIB a precios corrientes. El salario medio nominal (la parte más importante de los ingresos de la población) mantuvo su crecimiento en 2009 (unos 427 pesos, muy superior al existente en 1989). Pero este no ha logrado superar el deterioro ocasionado por el incremento del índice de precios del consumidor (IPC) en los últimos cinco años, lo que pone en dificultad a la mayoría de las personas que cuentan con el salario como la más importante fuente de ingresos. El salario *real* está muy distante del de 1989.

En cuanto a las inversiones, su ritmo se ha desacelerado, con fuertes distorsiones territoriales en 2009. Las inversiones por provincias evidenciaron amplias variaciones, entre 1760,2 millones de pesos en Ciudad de La Habana (40% nacional) a menos de 103,2 y 103,3 millones de pesos en las Tunas y Guantánamo (2,3% nacional, respectivamente).

La escasa disponibilidad de viviendas ya constituía en 1989 un problema a resolver. Aunque en los 70 y los 80 se ejecutaron cuantiosas inversiones para mejorar el fondo habitacional, la situación de crisis de los 90 agravó más el deterioro acumulado. A partir de 2001, se observa un decrecimiento muy fuerte en la construcción de viviendas, por la concentración de recursos en otras prioridades y

acciones de emergencia. La incidencia de numerosos huracanes, especialmente en 2008, que afectaron más de medio millón de viviendas, puso de nuevo en el tapete este tema crucial en el nivel de vida de la población; estos desastres demostraron que la cuestión de la vivienda no puede circunscribirse únicamente a la construcción de nuevas capacidades, sino que es preciso dedicar recursos para el mantenimiento de las existentes, incluidos los techos.

Mirando la economía por sectores, hay resultados positivos en algunos, como la extracción de petróleo y gas, y en el turismo (se incrementa el número de turistas, aunque no el volumen de ingresos).

El sector productivo no ha logrado crecer como porcentaje del PIB, con la excepción de la construcción. Industrias como el níquel y el azúcar, en las que la isla tiene alta potencialidad, no han podido aprovechar los altos precios del mercado por su restringida capacidad de producción. Ante la difícil situación de la industria, se ha ajustado centralmente los gastos de las empresas estatales. Uno de los principales dilemas, quizás el más importante, es cómo reducir gastos en las empresas productivas, sin afectar negativamente el empleo y la producción. En otras palabras: ¿es posible regular sin limitar el desarrollo de las fuerzas productivas?

Esta debilidad de la producción industrial afecta de manera directa la balanza comercial. En 2008, Cuba llegó a tener un déficit comercial de casi 10 000 millones de dólares, el más alto de la historia de la Revolución. Aunque tuvo una atenuación considerable en 2009, esta tendencia se mantuvo. El comercio con países vecinos se ha incrementado, especialmente con el mayor socio, Venezuela (en 2008, el comercio con este país se duplicó con respecto al 2007). A pesar de este crecimiento del intercambio comercial, también con otras naciones, tales como China, Rusia, Angola, Viet Nam, Irán e inclusive Europa, sería prudente considerar el efecto en el largo plazo de la concentración del comercio con un pequeño grupo de naciones, pues podría poner a Cuba en una situación de vulnerabilidad, como la que se vivió después del desplome de la Unión Soviética.

Según diversas estimaciones, el déficit en cuenta corriente de la balanza de pagos en 2008 estuvo por encima de los 1 500 millones de pesos, lo que explica la crisis financiera interna en 2009, que condujo a un recorte drástico de las importaciones, y al superávit en la cuenta corriente de la balanza de pagos. Sin embargo, la situación de impago a proveedores extranjeros se mantiene, lo que ha afectado las disponibilidades internas de insumos productivos.

A pesar del esfuerzo estatal, y de las medidas tomadas a lo largo del Período especial, aún es palpable la contracción de los niveles de consumo y de bienestar individual de la población con respecto a 1989. Persiste una fuerte descapitalización de la industria, y los niveles de transportación tanto de carga como de pasajeros distan de lo deseable y necesario —aunque el proceso inversionista en 2009 muestra niveles superiores en este sector respecto a los últimos años.

Es aun seria la distorsión del llamado modelo ingresos-consumo, por sus implicaciones sobre la motivación al trabajo, lo que plantea la urgente necesidad de dar coherencia a los sistemas de

retribución al trabajo, así como a las formas de satisfacción de las necesidades (vía salario o ingreso o vías redistributivas), para enfrentar problemas no resueltos como la segmentación de los mercados y la oferta de bienes y servicios para la población.

Se advierten cambios en una política económica que prioriza la sustitución de importaciones, en particular en la agricultura, el estímulo a la inversión extranjera y la diversificación de las relaciones comerciales y financieras con el exterior. Las propias transformaciones y políticas, en el proceso de su aplicación, deben conllevar el surgimiento de nuevas medidas dentro del contexto sistémico en que se desenvuelven. Todo indica que los cambios en la economía cubana apenas están comenzando; los pasos ejecutados hasta hoy sólo representan una pequeña proporción de los requeridos para alcanzar los objetivos planteados y aumentar el poder adquisitivo de las familias.

Este diagnóstico apunta a la necesidad de hacer reformas estructurales a la economía, con especial énfasis en la descentralización, el diseño de formas de propiedad no estatal no solo en la agricultura, sino la manufactura y los servicios, que le permitan al Estado concentrarse en su función de control, en vez de desgastarse en la complicada tarea de gestionarlo todo. Se requiere una reforma del sistema económico que defina el papel del mercado, la regulación estatal de las formas de propiedad y la organización empresarial; y que formule una estrategia de desarrollo económico aún pendiente.